

Galilea.153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

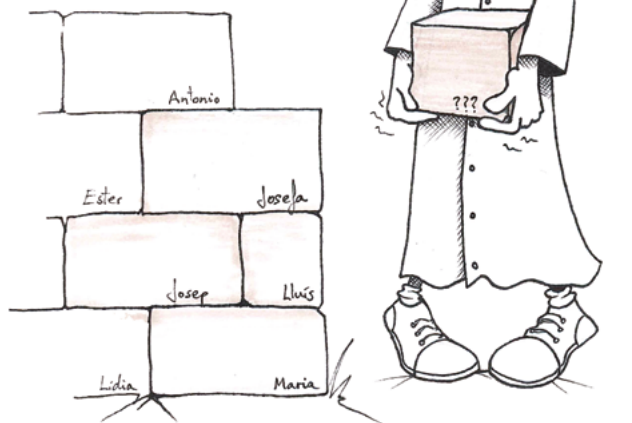
Comunidad viva

Christian Burillo:
**«Hemos
crecido como
comunidad y en
conciencia de
que la Iglesia la
hacemos juntos».**

Número **11**
Enero-Febrero de 2020
4,00 €



SI FALTA ENRIQUE EL PANADERO,
MARÍA LA PROGRAMADORA DE APPS,
FELIPE EL ABOGADO, JOSÉ RECIÉN
JUBILADO, ANTONIO ESTUDIANTE DE
ENFERMERÍA, ESTER QUE ACABA AR-
QUITECTURA, LUÍS EL FRUTERO, MAR-
GA LA BIBLIOTECARIA, LAIA LA NIETA
DE CÉSAR... CONSTRUIR IGLESIA SE
VUELVE UNA CARGA MUUUY PESADA...



19

Sumario:



4

10



5

12



6

14



8

15



9

16



Y en la web (<http://galilea.153.cpl.es>)



Galilea.153

Liturgia, pastoral, vida cristiana

Año 3. Número 11
enero-febrero 2020

Edita:

Centre de Pastoral Litúrgica
de Barcelona

Periodicidad:

6 números al año

Suscripción anual

2019/2020:

En papel: 24,50 €

Online: 18,50 €

Precio de este ejemplar:

4,00 €

Dirección:

M. Àngels Termes
maternes@cpl.es

Equipo responsable:

Antoni M.C. Canal
José Antonio Goñi
Maria Guarch
Quiteria Guirao
Joan Torra

Consejo asesor:

M. del Mar Albajar
Dolores Aleixandre
Elisenda Almirall
Benjitu Bareto
M. Antònia Bogónez
Anna-Bel Carbonell
Cori Casanova
Paula Depalma
Albert Dresaire
Ascentxu Gómez
Manolo Juárez
Jordi Julià
Montserrat Lluveras
Tere Martín
Juan Carlos Pérez
Marta Pons
Mercè Solé

Dirección:

Centre de Pastoral Litúrgica
Nàpols 346, 1r.
08025 Barcelona
Tel. 93 302 22 35
wa: 619741047
cpl@cpl.es

Web:

<https://galilea.153.cpl.es/>

Fotografía de la portada:

Mercè Solé

Dibujo página 2:

Juan Carlos Pérez

Vídeo:

Marta Pons

Síguenos en las redes
sociales: @CPLeditorial



PARROQUIA COMUNIDAD VIVA

En este número de *Galilea.153* hablamos de la parroquia, y buscando un título para poner en la portada nos ha salido «comunidad viva».

Sí, **parroquia comunidad viva**, porque del edificio material construido con piedras queremos Iglesia, edificio construido con las piedras vivas que formamos la comunidad que celebra y vive la fe. De estos dos edificios nos hablan Ramón Navarro y Anna-Bel Carbonell en sus artículos.

Sí, **parroquia comunidad viva**, porque es preciso que sea el lugar donde se visibilice la corresponsabilidad, campo en el que aún hay mucho por hacer, como insinúa Rosa M. Sánchez, porque muy a menudo todavía el sacerdote es el hombre-orquesta –expresión que sale más de una vez en estas páginas– que lo hace todo, tanto en el presbiterio como en la comunidad.

Sí, **parroquia comunidad viva**, porque no todas son iguales y ello se pone de manifiesto en las diferencias entre el mundo rural y urbano... desde las serias dificultades para cubrir las necesidades básicas de nuestros pueblos hasta la pluralidad de iglesias y horarios en algunos barrios de nuestras ciudades, que hacen que prácticamente haya misa en la puerta de casa de cada uno, como dice José A. Goñi.

Sí, **parroquia comunidad viva**, porque es el lugar donde se hace efectiva triple la tarea –los artículos de Eloi Aran y de Goñi hablan de ella– encomendada a la Iglesia: anuncio de la Palabra, celebración de los sacramentos y servicio de la caridad. En otras palabras, la parroquia evangeliza y hace catequesis, vive la liturgia y es buena samaritana. Precisamente Josep M. Domingo aborda este último aspecto fundamental: el de la acogida a los pobres, que pide de la comunidad tiempo, saber escuchar, empatía...

Sí, **parroquia comunidad viva**, que se acerca a los que debido a enfermedad o vejez no pueden acudir a las celebraciones y encuentros de la comunidad, tal como se refleja en la sección «Cuidar de los más frágiles».

Estos son solo unos aspectos. Quedan muchos otros. Si Dios quiere tendremos ocasión de abordarlos. Todo para ayudar a que las parroquias sean comunidades vivas, no aferradas y encerradas en las cuatro paredes centenarias, sino acogedoras y abiertas a quien se quiera acercar libremente, como concluye Anna-Bel en su artículo.

Y un apunte final. *Galilea.153* quiere ayudar a las comunidades a vivir la liturgia. Poco a poco y de una forma sencilla, número a número: las secciones «En el año litúrgico» y «Las lecturas del domingo» nos acercan al tiempo litúrgico que estamos viviendo, mientras que «Entre tod@s, liturgia» y «En pocas palabras» profundizan en temas generales de la liturgia.

M. ÀNGELS TERMES
maternes@cpl.es

LA PARROQUIA, LUGAR DE ACOGIDA, ESPECIALMENTE LOS POBRES

JOSEP M. DOMINGO, *Sant Feliu de Llobregat*



Uno de los servicios más comunes que se nos pide a los sacerdotes es acompañar la oración por un difunto. De entre las oraciones que la liturgia nos propone hay una que siempre me ha causado una profunda impresión; al final de todo, significando el último viaje hacia la casa del Padre, la oración dice así: «Al paraíso te lleven los ángeles, a tu llegada te reciban los mártires y te introduzcan en la ciudad santa de Jerusalén. El coro de los ángeles te reciba, y junto con Lázaro, pobre en esta vida, tengas descanso eterno».

Quisiera destacar que en un momento tan significativo, las acciones que se destaquen sean: acogida, recibimiento, introducir... Como si esto hubiera de ser una clave de interpretación de lo que toda vida aspira a ser.

Y todavía más, la mención especial a «Lázaro, pobre en esta vida», *aquel de la parábola de Lucas (Lucas 16,19-31)* que en vida malvivía, ignorado por el vecino rico y que en la muerte es acogido en el seno de Abrahán. La liturgia propone que Lázaro, el pobre, sea también de los que reciben a los difuntos; seremos acogidos por aquellos que, en vida, hemos acogido también. Los pobres nos acogerán.

A partir de aquí encuentro que hay unas pistas para mirar nuestras parroquias como comunidades de acogida. Sabemos que en estos últimos años el papa Francisco ha insistido mucho en consignas como «Iglesia en salida» u «hospital de campaña». En su carta-programa *Evangelii Gaudium* 27 hay un resumen de esta intención: «Sueño con una opción misionera capaz de transformarlo todo, para que las costumbres, los estilos,

los horarios, el lenguaje y toda estructura eclesial se convierta en un cauce adecuado para la evangelización del mundo actual más que para la autopreservación...».

La primera condición para ser expansivos y abiertos es ser acogedores. Abrir realmente las puertas y estar dispuestos a esta transformación de costumbres, estilos, horarios, lenguaje... el Papa dice: toda estructura eclesial. Muchas parroquias históricamente han hecho esta función; presencia, puertas abiertas, centralidad incluso geográfica o urbanística. Hacían posible ser un espacio de acogida, de conexión, de crecimiento para muchas personas. En el campo concreto de la pobreza, Cáritas y muchas otras instituciones nos han enseñado a pasar de la relación de ayuda, de la beneficencia, a la relación de promoción personal.

Pero hoy muchas cosas cambian y hay que estar atentos. Algunos servicios básicos son atendidos por las administraciones, pero la acogida y la relación personal, el promover e integrar, no están asegurados. La disminución del número de sacerdotes y también de laicos y laicas que pueden asumir tareas de acogida, de servicio, hace que tengamos la tentación de asegurar solo un funcionamiento básico, que la maquinaria funcione.

Pero la gracia de la comunidad es la relación personal, las manifestaciones de acogida, la empatía y la disposición a hacer camino juntos. Y esto pide tiempo e ingenio para hacerlo realmente operativo en las actuales circunstancias. Laicos y presbíteros, juntos, tenemos que dar los pasos concretos para que este deseo permanente se vaya concretando en el día a día.

CULTURA DE LA SALUD Y DE VIDA: PASTORAL DE LA SALUD

QUITERIA GUIRAO, *Barcelona*

La fórmula del sacramento de la unción de los enfermos

Por esta santa Unción y por su bondadosa misericordia te ayude el Señor con la gracia del Espíritu Santo.
R. Amén.

Para que, libre de tus pecados, te conceda la salvación y te conforte en tu enfermedad.
R. Amén.

Fotografías: Parroquias de Torelló (Diócesis de Vic)



El sentido de una comunidad cristiana es el de glorificar a Dios, celebrar a Dios en nuestra vida, y amar a nuestros hermanos y hermanas, estén cerca o lejos de nosotros.

Sabemos que nos amamos porque nos cuidamos mutuamente. Porque estamos presentes en la vida cotidiana de la comunidad para atender las necesidades y celebrar alegrías. La Iglesia también nos ofrece en la enfermedad o edad avanzada momentos de cuidado que recibimos con gratuidad.

El cuidado pastoral de las personas enfermas tiene sus raíces en Jesús, atraviesa los siglos y es la praxis de la Iglesia. En este sentido, el equipo de pastoral de la salud es un don para toda la Iglesia. Esta es una pastoral humanitaria, una pastoral testimonial, gratuita, caritativa y es una pastoral que reproduce el arte de relación de ayuda del propio Jesús.

El día 11 de febrero, coincidiendo con la celebración de la Virgen de Lourdes, la Iglesia universal cele-

bra la Jornada mundial del enfermo, instituida por san Juan Pablo II en el año 1993.

Este es un buen día para intensificar el contacto habitual de la comunidad parroquial con las personas enfermas y hacer que sean protagonistas en las celebraciones. Que el equipo de liturgia prepare la celebración de la Eucaristía y el sacramento de la unción con los agentes de la pastoral de la salud, los profesionales de la salud y catequistas.

Como decía al principio del artículo, la Iglesia nos ofrece momentos de cuidado. Y el sacramento de la unción va inequívocamente unido al cuidado pastoral de las personas enfermas.

«¿Está enfermo alguno de vosotros? Llame a los presbíteros de la Iglesia, que recen por él y lo unjan con óleo en el nombre del Señor. La oración hecha con fe salvará al enfermo y el Señor lo restablecerá; y si hubiera cometido algún pecado, le será perdonado» (*Santiago 5,14-15*).



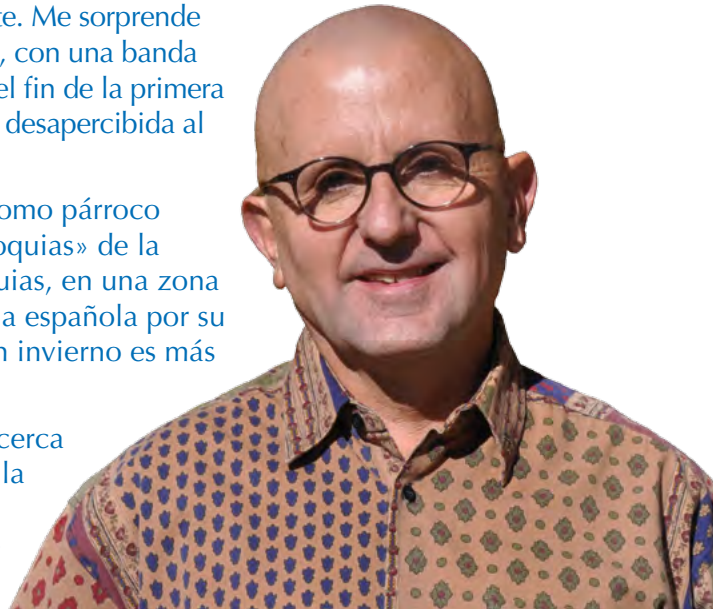
DIECISIETE PARROQUIAS Y UNA SOLA COMUNIDAD

MERCÈ SOLÉ, *Viladecans*
VÍDEO: MARTA PONS, *Terrassa*

Llego a Oceja, en la Cerdaña francesa, un lunes laborable. El Pirineo ya presenta su primera nevada y los colores del otoño lucen en un día radiante. Me sorprende encontrar un solemne pasacalles. Las autoridades engalanadas, con una banda musical, desfilan por las calles: se celebra el 101 aniversario del fin de la primera Guerra Mundial. Una celebración que, por supuesto, nos pasa desapercibida al otro lado de la frontera.

Mosén Christian Burillo vive en la casa rectoral de Oceja, como párroco de una, la más occidental, de las 23 «comunidades de parroquias» de la diócesis de Perpiñán. Una comunidad que reúne 17 parroquias, en una zona rural y turística muy vinculada, por supuesto, con la Cerdaña española por su historia y también por su proximidad física, de forma que en invierno es más fácil para él llegar a Puigcerdá que a Prada de Conflent.

Mosén Christian, que es hijo de un exiliado español; nació cerca de Perpiñán, habla catalán, castellano y francés y mantiene la doble nacionalidad y se encuentra bien en las dos culturas. Era un trabajador del sector del automóvil cuando le propusieron formarse como diácono. «El Señor me estiró, dice, y acabé siendo sacerdote».



¿Cómo ha sido esta incorporación a la comunidad parroquial?

Llegué a Oceja hace unos cinco o seis años en mi primer destino como cura. Entonces vivían aquí dos sacerdotes, ya muy mayores. Uno de ellos murió y el otro se ha jubilado. Cuando me quedé solo, vi que teníamos que cambiar totalmente la forma de organizarnos. Porque yo iba corriendo todo el día de un lugar a otro y nunca tenía tiempo para estar con la gente ni para conocerla. Por tanto propuse hacer unos cambios que implicaban a todos: decir una única misa, que iría recorriendo por los distintos pueblos. Al principio, como es natural, encontré algunas resistencias, pero creo que ahora todos lo valoran positivamente, porque hemos crecido como co-

munidad y en conciencia de que la Iglesia la hacemos juntos. Solo podremos anunciar la palabra del Señor y vivirla como él nos manda, si vamos juntos.

Este crecimiento se manifiesta en el hecho de que ya no funcionamos tanto como capillitas: nos conocemos más, nos sentimos nuestra la realidad del vecino, nos ayudamos mutuamente.

Pero esto comporta una organización muy cuidada

Bien, en todas las parroquias hay carteles con los lugares y horas donde celebramos la misa. La gente de nuestros pueblos y también los turistas se han acostumbrado a consultar la página web, donde todo esto está expuesto (<http://www.paroissescerdagne-saintroch.com/>), y además... siempre nos queda el whatsapp,

que es una forma muy asequible de comunicarnos.

¿Qué otras reorganizaciones habéis adoptado?

Tal vez la más significativa es la de los «equipos funerales». En nuestros pueblos, continúa muy vigente la demanda de exequias cristianas, aunque a veces las familias no son ya practicantes. Por tanto, una parte muy importante de mi trabajo como sacerdote era darle una respuesta, algo difícil porque no puedo estar en todas partes. Por eso decidimos formar un equipo de personas que se ocupen de la atención a los familiares de los difuntos. Todas ellas han recibido una formación específica del obispado, disponen de unos materiales prácticos que hemos elaborado y se van reuniendo para compartir aciertos y dificultades. Hay que decir

que, en principio, pareció una novedad difícil de digerir, pero cuando la gente ha visto que lo hacían tan bien, todo el mundo ha acabado por aceptarlo.

¿La gente no lo puede vivir como entierros de primera y entierros de segunda, sobre todo en los pueblos pequeños?

No. En principio, cuando recibimos el aviso de alguien que ha muerto, el miembro del equipo que se ocupa visita a la familia, en casa o en el tanatorio, y hace una oración con ellos. Y de acuerdo con las características del difunto, prepara la celebración, lecturas y cantos, intentando que la gente se sienta reflejada en ella. Debo decir que lo hacen mejor que yo, porque los sacerdotes corremos el riesgo de caer en la rutina. Eso sí, siempre hacemos una bendición, nunca una Eucaristía. Si la gente quiere que oremos por su difunto en la Eucaristía, la invitamos a participar en ella el domingo, como un hecho comunitario. Y hemos tenido sorpresas agradables, en este sentido, de gente que ha seguido viniendo.

¿Cómo veláis por la participación litúrgica de la gente?

Intentamos que la gente esté presente de forma activa. Con los cantos, por ejemplo. En nuestra zona cuesta mucho encontrar buenos monitores de canto y sería muy difícil que pudiera salir una pequeña coral o un grupo de música. Cada año hacemos una pequeña publicación de los cantos que cantaremos durante este tiempo, para que la gente los tenga a mano. Cuando hay cantos nuevos, yo, durante las celebraciones, a través del móvil, pongo una versión cantada para dar seguridad, porque la gente canta mejor si puede encontrar apoyo en alguien que cante bien.

Propuse hacer unos cambios que implicaban a todos: decir una única misa, que iría recorriendo por los distintos pueblos

A medida que veo que el canto se va aprendiendo, voy reduciendo el volumen de la canción. Es una forma sencilla de ayudarnos mutuamente a cantar.

¿Y los jóvenes?

Procuramos ir dándoles protagonismo. Es impensable pensar que hoy los jóvenes se quedarán sentados mientras nosotros les vamos explicando cosas. Son inquietos y necesitan participar activamente en todo. En misa, les propongo hacer alguna de las lecturas o servir al altar, con alba o sin ella. No hace mucho propuse a un jovencito que se está preparando para el bautismo si quería ayudarme en misa. Le dije que ya le iría indicando qué debía hacer y que no sufriera, que todos nos equivocamos. Lo hizo muy bien. Cuando al día siguiente se lo comenté a su madre, que tiene una tienda, me decía: «No habla de otra cosa desde ayer».

¿Cómo planteáis la catequesis?

Tenemos tres centros de catequesis, en las tres poblaciones más grandes (Oceja, Bourg-Madame y Sallagosa). Los niños empiezan muy pronto, con cinco o seis años. Después hacen la primera comunión y más tarde continúan hasta la confirmación. Después, a parte de las dificultades habituales, hay el hecho de que muchos jóvenes hacen el bachillerato en Font Romeu o continúan estudios superiores en Toulouse o en Barcelona. En Francia había

la costumbre, un par de años después de la primera comunión, de hacer la «Comunión solemne», que en realidad consistía en hacer una profesión de fe. Lo mantenemos para las familias que lo desean, pero el acento lo ponemos en el sacramento.

¿Y el tema de la inmigración como lo vivís?

De hecho, con el mismo recelo e incluso odio que en todas partes, pero la verdad es que cuando conocemos la gente de cerca, estos recelos desaparecen. Cuando te encuentras con alguien a quien ves llorar, sufrir, que está olvidado por todos, la cosa cambia mucho. El inmigrante pasa a ser considerado una persona, un hermano, un hijo. Debo decir que he tenido la ocasión de acompañar a alguno que ha sufrido una enfermedad grave, hasta la muerte. Porque tanto yo como el sacerdote de Puigcerdà, mosén Josep Grau, intentamos estar tan presentes como podemos en el hospital de la comarca, que está en Puigcerdà, donde nuestro trabajo está bien valorado y donde a menudo nos hacen conocer a personas, de distintas confesiones, que agradecen que las escuchemos.

Por tanto, sois un buen equipo

Somos un equipo muy sencillo y no muy estructurado, porque somos pocos. A parte de la comunidad, sé que puedo contar con mosén Josep Grau y también con Carles Llopis, vecinos y hermanos. Carles se está preparando para ser diácono para nuestra Cerdaña. Dios nos ha concedido esta gracia: ser comunidad y encontrar personas que quieran trabajar para ella.

¡Puedes encontrar la entrevista en nuestro [canal de youtube!](#)

LA PARROQUIA, DONDE SE ENCUENTRAN AQUELLOS «EXTRAÑOS VECINOS»

ELOI ARAN SALA, *Barcelona*

El término «parroquia» viene etimológicamente del griego *par-oikia*, que equivale a «vecindario», aunque también tiene otra connotación en la Biblia griega de los LXX, donde la Iglesia es considerada como una comunidad extranjera, emigrante o peregrina, como se muestra en la carta de Diogneto: «[Los cristianos] Habitan en su propia patria, pero como forasteros; toman parte en todo como ciudadanos pero lo soportan todo como extranjeros; toda tierra es extraña a su patria, pero están en toda patria como en tierra extraña».

Desde esta doble perspectiva, y siguiendo el lema moderno de «la forma sigue a la función», tenemos que preguntarnos: ¿cuáles son las funciones de la parroquia y qué formas le son propias? Vamos a verlo tomando como referencia la siguiente cita: «La naturaleza íntima de la Iglesia se expresa en una triple tarea: anuncio de la Palabra de Dios (función kerigmática / comunicativa), celebración de los Sacramentos (función litúrgica / celebrativa) y servicio de la Caridad (función diakónica / social). Son tareas que se implican mutuamente y no pueden separarse una de otra» (Benedicto XVI, *Deus caritas est* 25).

Biblia griega de los LXX

Primera traducción al griego de la Biblia original escrita en hebreo, hecha entre los siglos III y I antes de Cristo.

Celebración de los Sacramentos (función litúrgica / celebrativa)

La iglesia parroquial es el lugar visible de la Iglesia (valga la redundancia), y esta toma forma (también olor, ritmo o sonoridad) en la asamblea dominical (*ecclesia* significa «asamblea»). La forma del recinto sacro ha de ser apta para las celebraciones, buscando la participación activa de los fieles, como pedía el Concilio Vaticano II. Una vez solucionado el encaje del mobiliario litúrgico en relación con los participantes, se pueden plantear otros aspectos «periféricos», como los espacios para los niños, la conveniencia de un cancel o mirador abierto al barrio, vestíbulos de relación comunitaria, etc.

Anuncio de la Palabra de Dios

(función kerigmática / comunicativa). La parroquia es también «una voz que clama en el desierto» metropolitano. Antes de que existieran los «cómic» o los carteles publicita-

rios, la Iglesia ya usaba estos lenguajes, adaptados a su época, para «dar razón de su esperanza». La forma de una parroquia dice mucho de lo que quiere transmitir («El medio es el mensaje», dice McLuhan). Un tejado verde o el uso de placas fotovoltaicas nos hablan del cuidado de la Creación, por ejemplo.

Servicio de la Caridad (función diakónica / social). La parroquia es también un reflejo de la Betania (casa de los pobres) tan amada por Cristo. La forma de la parroquia ha de tener algo parecido al *hostal* donde el buen samaritano deja a la humanidad doliente... un «hospital de campaña» en palabras del papa Francisco.

En definitiva, la parroquia es un trozo de cielo clavado en el suelo, donde se hace visible tanto la *Domus ecclesiae* (la casa de la asamblea, el vecindario terrenal) como la *Domus Dei* (la casa de Dios, el vecindario escatológico).

Para trabajar en grupo

A partir de los textos escritos, ¿creéis que la forma de nuestra parroquia responde a las tres funciones que debe realizar?

Fotografías: Eloi Aran, parroquia de Santa Madrona de Barcelona



LAS PARROQUIAS RURALES

ROSA M. SÀNCHEZ CORNADÓ, *Alforja (Tarragona)*

La parroquia, que había marcado el paso de la dinámica local rural, hace años que ha dejado de hacerlo. El ritmo en el que se mueve la sociedad, el acceso a un abanico cultural plural, los ritmos y tareas de las personas, el acceso fácil a los medios de comunicación y desplazamiento, el contacto con ambientes e intereses diversos... ha ido imponiendo una dinámica que afecta a todo y a todos.

Pienso que la parroquia en el mundo rural tiene las mismas ventajas e inconvenientes que en las ciudades. Ha perdido el protagonismo y la influencia que tenía. Como dice el trabajo del curso del Movimiento Cristiano de pueblos y comarcas de Cataluña: «Rurales o urbanos, vivimos en un único mundo».

Pero observemos la parroquia rural más detenidamente. La gente mayor conserva aún aquella imagen y función de la parroquia de toda la vida. La no presencia del párroco es el punto que marca la pauta del cambio mental. Mientras está por la actividad pastoral y se alarga en la vida social local, la identidad de la parroquia se hace visible, pero cuando decae, pasa a ser para muchos un reducto del pasado.

Las parroquias –en el mundo rural comunidades pequeñas– son más cerradas y vulnerables a cualquier acontecimiento. Los cambios frecuentes de párroco las afectan mucho. No es fácil crear comunidad con personas que se conocen mucho y a veces perder lo que ya estaba creado es perder demasiado. Por otra parte el hecho de conocerse tanto puede facilitar las dinámicas pastorales que construyen comunidad cristiana.

La práctica religiosa es baja. Normalmente se mantienen personas que recibieron una formación sólida después del concilio en grupos diversos, según el párroco que las trabajó. Cristianos que, comprometidos firmemente, siguen siendo el referente de la parroquia para los demás conciudadanos. Respetar la presencia y servicio de estas personas es un punto que considero importante dada la poca presencia del párroco y los vaivenes que producen los cambios. Frecuentan la parroquia personas de más de 65 años, muy escasamente jóvenes y niños.

En lo que se refiere a los servicios de catequesis, Cáritas, preparación de sacramentos se intenta irlos cubriendo, a menudo a nivel de las parroquias que tiene encargadas el mismo párroco, o a nivel interparroquial o arciprestal. Donde perdemos más es en la

atención personal. La imagen del párroco con prisas y la ausencia de visitas domiciliarias hace que la gente no cuente con él. Así el contacto con los que no frecuentan la iglesia y los recién llegados también queda pendiente. De todas maneras, la parroquia sigue siendo el lugar de acogida por excelencia.

El no-trabajo por la corresponsabilidad en Iglesia tiene un precio demasiado alto. Creo que la parroquia está sometida a los altibajos de los cambios de época. A pesar de todo, sin embargo, persistirá con mutaciones, igual que la Iglesia, como Iglesia que es.

Quisiera, para terminar, presentar lo que puede ofrecer el laico o laica con misión pastoral, un servicio que no tiene por qué ser exclusivo de parroquias rurales, sino que puede ser muy válido en ciudades y barrios: persona enviada por el obispo para servir a la comunidad junto al párroco, haciendo de puente puede ir cumplimentando la tarea de la parroquia de manera discreta, coordinar grupos y personas creando corresponsabilidad eclesial, ser presencia de Iglesia donde no se llegaría, acompañar en la formación y oración, hacerse presente en los hogares ofreciendo apoyo, esperanza y amistad... poniéndose al nivel de los demás, darles la mano para andar juntos la vida de fe, esperanza y caridad. Un servicio necesario que tal vez no puede esperar más.

Fotografía: Antoni M. C. Canal



Uno o dos acompañantes al celebrante

O, para decirlo con lenguaje litúrgico, uno o dos acólitos. Al menos, los domingos y días festivos. El celebrante, el presidente de la celebración, nunca debería salir solo al altar. Deberían acompañarlo uno o dos miembros de la asamblea. Por dos motivos.

Uno, para evitar la sensación de soledad e inconsistencia que produce el sacerdote solo en el presbiterio, que comporta al mismo tiempo una sensación de aislamiento respecto del conjunto de la asamblea. Y otro, por razones prácticas,

como por ejemplo para sostener el misal, o para traer o llevar las patenas del pan y el cáliz de la credencia al altar, y evitar al sacerdote la función de hombre-orquesta (y perdonen la expresión) que con frecuencia debe ejercer. En los países más evolucionados y más atrevidos que el nuestro, esta presencia de acólitos es mucho más habitual. Y van vestidos con alba, tanto si son hombres como mujeres, para mostrar que los laicos y laicas tienen funciones ministeriales reconocidas.

Los gestos y las actitudes del cuerpo

Los gestos, las actitudes del cuerpo, las posturas, incluso la forma de vestir, son importantes porque reflejan externamente la actitud interna con la que se vive la celebración. Debe destacarse que «la postura corporal que han de observar todos los que toman parte en la celebración, es un signo de la unidad de los miembros de la comunidad cristiana»; por tanto, debe evitarse la disparidad y fomentar la unanimidad.

En lo que se refiere a las posturas, las dos fundamentales son de pie o

sentados, según la importancia del momento. La postura de rodillas se mantiene para el momento de la consagración, aunque es cierto que, para asegurar la unidad de toda la plegaria eucarística y evitar la distracción de los fieles, muchos prefieren permanecer en pie; el mismo misal prevé varias situaciones en las que es mejor estar de pie. «Los que no pueden arrodillarse en la consagración, deben inclinarse profundamente mientras el sacerdote hace la genuflexión después de ella».

Las moniciones de la misa

Es bueno que en determinados momentos de la celebración se puedan hacer algunas moniciones explicativas. Unas ya las indican las propias rúbricas del misal (antes del Padrenuestro, invitación a la paz...). Las dice el celebrante con las palabras previstas u otras parecidas. Se permite añadir otras si se considera oportuno: tras el saludo inicial, antes de las lecturas, antes de la plegaria eucarística, antes de la despedida. Estas moniciones pueden hacerlas el celebrante

o también el diácono o un laico o laica, es decir el monitor o la monitora.

Son unas «explicaciones –con brevísimas palabras, bien preparadas con comentarios claros y sobrios–, para introducir a los fieles en la celebración y disponerlos a entenderla mejor», muy útiles, por lo tanto, para su mejor participación. Se harán ante los fieles desde un lugar adecuado, pero no desde el ambón.

LA IGLESIA Y LAS PIEDRAS VIVAS

RAMÓN NAVARRO GÓMEZ, *Murcia*

El edificio en el que los cristianos nos reunimos para celebrar la Eucaristía y los sacramentos se llama «iglesia», y no lo deberíamos llamar «templo». Porque en el cristianismo, el verdadero templo donde se da culto a Dios es el mismo Cristo, que ha ofrecido su vida por nosotros en el altar de la cruz, siendo a la vez sacerdote y víctima. «Templo» también somos nosotros, los cristianos, que hemos recibido el Espíritu Santo por el bautismo y la confirmación, y ese Espíritu actúa en nosotros para que nuestra vida pueda ser una ofrenda agradable a Dios, un permanente acto de culto (cf. *Romanos 12,1*).

Al edificio, en cambio, le hemos llamado «iglesia», al igual que a todos los cristianos, porque es la casa de la comunidad cristiana. Por eso es también la «casa de Dios»; no porque sea un lugar sagrado, separado y reservado para el culto y los sacrificios, como el templo de Jerusalén en el Antiguo Testamento, sino porque es la casa de oración donde el pueblo se reúne para honrarle con amor, instruirse con su Palabra y alimentarse con los sacramentos.

Este lugar, pues, habitado por la Iglesia, ha de tener una funcionalidad, es decir, unas condiciones adecuadas para facilitar la participación de la asamblea litúrgica en la celebración, tal y como piden los principios de la constitución sobre la liturgia del Concilio Vaticano II (*Sacrosanctum Concilium*), que luego fueron desarrollados por otros documentos postconciliares. Cosas tan básicas como la visibilidad, la iluminación o la acústica, y tan complejas como la distribución del espacio y los lugares litúrgicos –altar, sede, ambón, etc.– contribuyen ciertamente a una participación más fructuosa en las celebraciones.

Pero más allá de todo lo que estamos diciendo, la iglesia (el edificio) tiene un valor de signo. «Este edificio nos hace vislumbrar el misterio de la Iglesia», nos dice la plegaria de dedicación con la cual la iglesia se inaugura de forma solemne. El edificio es un signo de la Iglesia, que, en su disposición, en su ornamentación, por medio de sus imágenes y en su conjunto, nos recuerda a quienes lo habitamos lo que somos y lo que estamos llamados a ser: piedras vivas, que entramos a formar parte de una edificación espiritual, la Iglesia, para poder ofrecer el sacrificio que agrada a Dios: el de nuestra propia vida, en obediencia a su voluntad, unidos a Cristo, verdadero y único sacerdote (cf. *1 Pedro 2,5*).

Leamos, como conclusión, un fragmento del prefacio de la misa de la dedicación de la Iglesia, que resume admirablemente la idea que he querido exponer: «Constituiste a la Iglesia como ciudad santa edificada sobre el cimiento de los apóstoles, siendo Jesucristo la suprema piedra angular, y ha de seguir construyéndose con piedras elegidas, vivificadas por tu Espíritu, unidas por el amor, donde tú serás siempre todo para todos y brillará eternamente la luz de Cristo».

Vocabulario: Lugares litúrgicos

Altar: lugar de la actualización del misterio pascual de Cristo

Ambón: lugar de la Palabra

Sede: lugar de la presidencia en nombre y en la persona de Cristo

Nave: lugar de la asamblea de los fieles, que es el cuerpo de Cristo

Para trabajar en grupo

1. En nuestra iglesia, ¿crees que los lugares litúrgicos están lo suficientemente cuidados y pensados, tanto en su funcionalidad como en su simbolismo?
2. ¿Crees que en nuestras celebraciones se resalta suficientemente el aspecto comunitario o prevalece una forma individualista de vivir la celebración y la fe?
3. ¿Cómo crees que podríamos mejorar ese aspecto en concreto?

ASIDOS A UN CAMPANARIO

ANNA-BEL CARBONELL, *Sant Cugat del Vallès*

Sé que os parecerá un título curioso y os preguntaréis qué hay escondido tras él. No os hagáis ilusiones, no os hablaré de la historia de los campanarios, sino de cómo necesitamos seguridades y nos aferramos a lo conocido, incluso a un campanario.

Está claro que antiguamente en cada pueblo el campanario era el edificio más alto que servía de referencia entre el vecindario y las parroquias, distinguiéndose su silueta desde el horizonte, además de ser el orgullo de los vecinos. Las campanas han sido siempre un medio de comunicación, pues servían de reloj, se tocaban para anunciar celebraciones y acontecimientos religiosos y también, en algunos casos, para alertar a la población.

Por otra parte hay que recordar que la iglesia parroquial no solo era un edificio religioso sino que antiguamente era también una división territorial que determinaba la pertenencia de cada familia, dependiendo de donde viviera, a una parroquia o a otra, no solo desde el ámbito religioso, sino también desde un punto de vista social, cultural, económico, etc.

Todo ello nos habla de los campanarios como un rasgo identitario de los pueblos, que acaba definiendo al mismo tiempo a sus habitantes, y especialmente aquellos que tienen la capacidad de convocatoria y prédica, a través de diferentes estilos de celebración y dependiendo del carisma del cura que reunía a los feligreses. Igual que casi todas las iglesias tienen un campanario, más grande o más pequeño, más bonito o más antiguo, también tienen capillas, y desgraciadamente muchas veces surgen entre los parroquianos. Quien no ha visto, en un momento u otro como, a pesar de ser poco cristiano, se formaban pequeños grupos que miraban con recelo la parroquia vecina porque tenía más «clientela», o porque los jóvenes o los niños, o el coro o el sermón del párroco...

El hecho es que en la actualidad el declive de parroquias, de agentes de pastoral, de sacerdotes, de catequistas, de feligreses... ha hecho que nos abramos más, y que vayamos «buscados» tanto los feligreses como los sacerdotes haciendo que lo que antes costaba tanto que era romper la división territorial y limar diferencias, haya llevado a formar equipos interparroquiales, a compartir el párroco, y que la feligresía vaya a misa donde más le convenga

según el horario, además de donde más le guste. No nos servirá en absoluto como pueblo de Dios continuar asidos al campanario de nuestra parroquia si esta está vacía y sin vida. El espacio parroquial ha de mantener siempre su origen, sus advocaciones, ¡por supuesto! Pero no a cualquier precio.

Es evidente que solo tendrá sentido continuar «asidos a un campanario» como si fuera nuestro buque insignia si podemos hacer sonar las campanas, si acoge y abre la casa eclesial a quien se quiera acercar libremente, sin cerrar en ningún momento la puerta a nadie. La comunidad eclesial en pleno ha de velar para continuar transmitiendo la fe y alimentándola, siguiendo celebrando el misterio de Jesucristo y practicando la caridad.

Estamos llamados a evangelizar más desde el corazón y la proximidad que desde la territorialidad.

Fotografía: Antoni M. C. Canal



LA PARROQUIA, IGLESIA DOMÉSTICA

En el libro de los Hechos de los apóstoles encontramos esta descripción sobre la vida de la Iglesia primitiva:

«Y perseveraban en la enseñanza de los apóstoles, en la comunión, en la fracción del pan y en las oraciones». (*Hechos 2,42*)

Resalto esta cita, porque veo en ella las características que deberían tener nuestras parroquias en la actualidad:

- Escuchar la Palabra enseñada por sus Testigos.
- La comunión entre hermanos.
- La celebración de la fe.
- La constancia en la oración.

Esto nos aporta como fieles:

- La Alegría de vivir y de compartir nuestra fe como hermanos.
- El Respeto por parte de la comunidad no creyente.
- El gozo de la Salvación que da la gracia divina.

¿Qué más podemos desear de nuestras parroquias?

Señor, te pido por nuestras parroquias –por mi parroquia–, para que realmente seamos testigos de tu amor y de tu Palabra, y, movidos por tu fe, vivamos unidos y comprometidos con el Mensaje que Tú nos diste:

«Os doy un mandamiento nuevo:

que os améis unos a otros; como yo os he amado.

Amaos también unos a otros.

En esto conocerán todos que sois discípulos míos: si os amáis unos a otros» (*Juan 13,34-35*).

Amén.

AGUA, CONVERSIÓN, TRANSFIGURACIÓN...

PAULA DEPALMA, *Madrid*

En este espacio recordaremos los aspectos litúrgicos que van desde el 19 de enero hasta principios de abril. Es decir, los correspondientes a los domingos del tiempo ordinario anteriores a la Cuaresma, los cinco de Cuaresma y el Domingo de Ramos.

Destaco algunos elementos de estos domingos, en cuanto que difieren de años anteriores.

El tercer domingo del tiempo ordinario, el día 26 de enero, se celebrará el Domingo de la Palabra de Dios. Este domingo fue instituido el pasado 30 de septiembre por el papa Francisco, para dar centralidad a la Palabra de Dios en medio de la comunidad. Además, será como el colofón de la «Semana de oración por la unidad de los cristianos» (del 18 al 25 de enero).

El 2 de febrero celebraremos la Presentación del Señor y, por lo tanto, saltamos el cuarto domingo del tiempo ordinario. Esta es una de las cuatro fiestas denominadas «fiestas del Señor», junto con la Transfiguración, la Exaltación de la Santa Cruz y la Dedicación de la basílica de Letrán. Estas cuatro fiestas, aunque caigan en domingo, tienen preferencia y las celebramos.

La Cuaresma empieza este año el 26 de febrero; por supuesto, con el Miércoles de Ceniza. El símbolo de las cenizas señala un tiempo de conversión y de preparación, de atención y cuidado, de curación y espera. Es un tiempo en que la Iglesia propone limosna, ayuno y

abstinencia, haciendo referencia al cuidado y atención de los demás y a la comprensión de la utilización de las cosas bajo la norma de la austeridad compartida, tan importante en una sociedad como la nuestra.

Como siempre, en Cuaresma, el primer y segundo domingo, se lee el evangelio de las tentaciones y el de la transfiguración, respectivamente. Este año leeremos la versión de Mateo, puesto que estamos en el ciclo A.

Pasamos luego a los domingos tercero, cuarto y quinto de este ciclo A, donde leemos los textos según san Juan. Estos domingos quieren incorporarnos, aunque ya seamos cristianos adultos desde hace tiempo, en la dimensión catecumental o de iniciación cristiana como un nuevo comienzo. La lectura de la samaritana (*Juan 4,5-42*) recuerda el símbolo del agua en su dimensión bautismal y pascual. A continuación, la curación del ciego de nacimiento (*Juan 9,1-41*) nos presenta el símbolo de la luz como señal también de conversión y de orientación de nuestras vidas a la de Cristo. Por último, la resurrección de Lázaro (*Juan 11,1-45*) nos recuerda que la vida, nuestra vida y la de todo lo que vive, es de Dios y Él mismo nos la vuelve a ofrecer en la Pascua de Jesús.

Finalizando esta etapa, el Domingo de Ramos nos prepara para acompañar a Jesús en su camino hacia la Pascua, camino difícil y duro pero también de nueva vida, ya definitiva.

Fotografía: Antoni M.C. Canal





Sugerencias para los cantos de cada domingo o fiesta en nuestra web:
<https://goo.gl/Y17Siw>

Tiempo ordinario, ciclo A

Del 19 de enero al 23 de febrero de 2020

Cuaresma, ciclo A

Del 1 de marzo al 5 de abril de 2020

Domingo	Primera lectura	Segunda lectura	Evangelio
Segundo domingo 19 enero	Te hago luz de las naciones <i>Isaías 49,3.5-6</i>	Gracia y paz de parte de Dios y de Jesucristo <i>1 Corintios 1,1-3</i>	Este es el Cordero de Dios, que quita el pecado <i>Juan 1,29-34</i>
Tercer domingo 26 enero	El pueblo vio una luz grande <i>Isaías 8,23b-9,3</i>	Que no haya divisiones entre vosotros <i>1 Corintios 1,10-13.17</i>	Se estableció en Cafarnaún <i>Mateo 4,12-23</i>
Presentación del Señor 2 febrero	Llegará a su santuario el Señor <i>Malaquías 3,1-4</i>	Tenía que parecerse a sus hermanos <i>Hebreos 2,14-18</i>	Mis ojos han visto a tu Salvador <i>Lucas 2,22-40</i>
Quinto domingo 9 febrero	Surgirá tu luz como la aurora <i>Isaías 58,7-10</i>	Os anuncié el misterio de Cristo crucificado <i>1 Corintios 2,1-5</i>	Vosotros sois la luz del mundo <i>Mateo 5,13-16</i>
Sexto domingo 16 febrero	A nadie obligó a ser impío <i>Eclesiástico 15,16-21</i>	Predestinó la sabiduría antes de los siglos <i>1 Corintios 2,6-10</i>	Así se dijo a los antiguos; pero yo os digo <i>Mateo 5,17-37</i>
Séptimo domingo 23 febrero	Amarás a tu prójimo como a ti mismo <i>Levítico 19,1-2.17-18</i>	Todo es vuestro, vosotros de Cristo y Cristo de Dios <i>1 Corintios 3,16-23</i>	Amad a vuestros enemigos <i>Mateo 5,38-48</i>
Primer Domingo 1 marzo	Creación y pecado de los primeros padres <i>Génesis 2,7-9; 3,1-7</i>	Donde abundó el pecado, sobreabundó la gracia <i>Romanos 5,12-19</i>	Jesús ayuna cuarenta días y es tentado <i>Mateo 4,1-11</i>
Segundo Domingo 8 marzo	Vocación de Abrahán, padre del pueblo de Dios <i>Génesis 12,1-4a</i>	Dios nos llama y nos ilumina <i>2 Timoteo 1,8b-10</i>	Su rostro resplandecía como el sol <i>Mateo 17,1-9</i>
Tercer Domingo 15 marzo	Danos agua de beber <i>Éxodo 17,3-7</i>	El amor ha sido derramado en nosotros <i>Romanos 5,1-2.5-8</i>	Un surtidor de agua que salta hasta la vida eterna <i>Juan 4,5-42</i>
Cuarto Domingo 22 marzo	David es ungido rey de Israel <i>1 Samuel 16,1b.6-7.10-13a</i>	Levántate de entre los muertos <i>Efesios 5,8-14</i>	Él fue, se lavó, y volvió con vista <i>Juan 9,1-41</i>
Quinto Domingo 29 marzo	Pondré mi espíritu y viviréis <i>Ezequiel 37,12-14</i>	El Espíritu habita en vosotros <i>Romanos 8,8-11</i>	Yo soy la resurrección y la vida <i>Juan 11,1-45</i>
Domingo de Ramos 5 abril	No escondí el rostro ante ultrajes <i>Isaías 50,4-7</i>	Se humilló a sí mismo; por eso Dios lo exaltó <i>Filipenses 2,6-11</i>	Pasión de nuestro Señor Jesucristo <i>Mateo 26,14-27,66</i>

Parroquia: comunidad cristiana viva

JOSÉ ANTONIO GOÑI, Pamplona

Al buscar en el diccionario la definición de parroquia, me gustaría que pusiera: «Lugar donde se reúne una comunidad cristiana viva en torno a un presbítero, delegado del obispo para pastorearla en su nombre». Si analizáramos desde esta perspectiva nuestras comunidades cristianas, muchas no superarían el examen. Ya que nuestras parroquias son en muchas ocasiones edificios donde un sacerdote celebra la Eucaristía con la presencia de fieles que asisten como extraños y mudos espectadores. Pero seguimos llamándolas «parroquias» porque en otro tiempo cumplieron los requisitos necesarios para serlo, aunque en la actualidad ya no den la talla. En los inicios, los cristianos se reunían en torno al obispo en una misma y única comunidad. Sin embargo, al aumentar su número de integrantes fueron disgregándose grupos de fieles, naciendo nuevas comunidades atendidas por presbíteros en nombre del obispo. ¿Qué características debería tener un conjunto de fieles para considerarlo independiente, autónomo, y constituirse en parroquia? Sin lugar a dudas que debería contar

con tres dimensiones fundamentales: catequesis/evangelización, caridad y liturgia. Respecto a esta última, que es la que nos atañe, en la celebración tendrían que florecer diferentes carismas, presentes en la Iglesia desde los orígenes: acólitos, lectores, salmistas, cantores, músicos, monitores, responsables de la acogida, etc. Y de este modo, ser una comunidad en la que cada cual hiciera todo y solo aquello que le correspondiera, quedando desterrados los sacerdotes que acaparan todos los ministerios actuando cual «hombre orquesta». Esto repercutiría en un culto mejor celebrado, más vivo, más atractivo, más evangelizador. Poner esto en práctica, significaría que no en todos los lugares donde haya cristianos se debe celebrar la Eucaristía. Sino que, si no cumplen los requisitos pertinentes, tendrían que unirse a otro grupo de cristianos. Recordemos cómo en las prescripciones para comer el cordero pascual se indica que «si la familia es demasiado pequeña para comérselo, que se junte con el vecino más próximo a su casa» (*Éxodo* 12,4). Por ello, al igual que en la antigüedad se fueron disgregando co-



munidades al convertirse en autónomas, ahora al haber dejado de ser autónomas tendrían que ir unificándose en una única comunidad que cumpliera con los requisitos mencionados. Poner esto en práctica, significaría que los domingos no haya misa en todos los pueblos, en todos los barrios, en la «puerta de la casa» de cada uno. Y que, por otra parte, disminuya la pluralidad de horarios de misas en una misma parroquia cuyo fin es facilitar el cumplimiento del precepto dominical, pero que desfiguran el auténtico sentido de la única comunidad reunida. En definitiva, disminuiría el número de parroquias «mediocres», que simplemente subsisten, para ganar en parroquias «auténticas», fruto de la unión de fuerzas dispersas.